

I EDICIÓN DEL CONCURSO *ILUSTRACIÓN DE CUENTOS TRADICIONALES ORALES 2007*

BASES

1. El Museo Etnográfico de Castilla y León convoca la I Edición del Concurso *Ilustración de Cuentos Tradicionales Orales 2007*, en el que podrán participar todos los niños y jóvenes de Educación Infantil, Primaria y Secundaria de Castilla y León que lo deseen (edad límite: 20 años).
2. El Museo Etnográfico de Castilla y León seleccionará diferentes versiones de cuentos castellanos y leoneses de tradición oral (véase Anexo); los niños, jóvenes y centros educativos participantes elegirán y adaptarán en su caso, según corresponda, las transcripciones de dichos cuentos, ilustrándolos libremente. Podrán presentarse, como máximo, tres cuentos ilustrados por persona o curso.
3. Los originales, con formato y extensión libre, se presentarán sin el nombre del participante (no firmados), por el sistema de lema y plica, incluyendo en un sobre cerrado la dirección del estudiante, centro educativo, correo electrónico y número de teléfono, que sólo se abrirá en presencia del jurado y en caso de haberle sido otorgado algún premio. Los trabajos, junto con la plica, deberán remitirse por correo (para garantizar el anonimato no se aceptarán los enviados por correo electrónico), agencia o en mano a:

MUSEO ETNOGRÁFICO DE CASTILLA Y LEÓN

I Edición del Concurso:

Ilustración de Cuentos Tradicionales Orales 2007

C/ Sacramento, s/n

49004 Zamora

España

4. El plazo de admisión quedará cerrado el día 4 de mayo de 2007.
5. Los premios (consistentes en publicaciones, discos y libros del Museo Etnográfico de Castilla y León, reproductores de audio y vídeo y material informático suplementario, dependiendo de las edades de los participantes) serán los mismos para los tres niveles educativos (2º Ciclo de Educación Infantil, Educación Primaria y Educación Secundaria), estableciéndose para cada nivel (los premios se otorgarán tanto a los alumnos como a los respectivos centros):
 - Primer Premio
 - Segundo Premio
 - Tercer Premio

- 5 Accésits
 - Posible publicación de los trabajos ganadores (si así se estima y se aprueba) en un volumen que verá la luz en el año 2008.
 - Exposición de todas las obras premiadas en el Museo Etnográfico de Castilla y León.
6. El jurado designado al efecto estará compuesto por personas de autoridad en el campo de las letras y las artes. Dicho jurado podrá conceder también menciones especiales. La interpretación de estas bases o de cualquier aspecto no previsto en ellas es competencia exclusiva del jurado.
 7. El fallo del jurado se hará público el 24 de mayo de 2007, y se dará a conocer a través de los distintos medios de difusión, así como a los niños y jóvenes interesados y a sus centros. El fallo del jurado será inapelable.
 8. Los premios serán entregados en el transcurso de un acto organizado por el Museo Etnográfico de Castilla y León. A dicho acto deberán asistir los galardonados o personas que los representen.
 9. Los trabajos premiados pasarán a ser propiedad del Museo Etnográfico de Castilla y León, así como los derechos de reproducción de los mismos. Aquéllos que no resulten premiados podrán ser retirados por los alumnos o los centros educativos en el plazo de 30 días a partir de la publicación del fallo: si no fueran recogidos, pasarán también a ser propiedad del Museo Etnográfico. No se mantendrá correspondencia con los autores de las obras presentadas.
 10. La presentación de trabajos a este certamen supone la aceptación total de estas bases.

INFORMACIÓN

Telf.: 980 53 17 08

Fax: 980 50 82 69

e-mail: didactica@museo-etnografico.com

www.museo-etnografico.com

ANEXO

Podemos definir el **cuento tradicional o folklórico**, básicamente, como “un relato narrativo, anónimo y ficticio, transmitido por vía oral –aunque puede ser ocasionalmente puesto por escrito–, de generación en generación, en el seno de una misma comunidad o de una comunidad a otra; presenta, de forma por lo general breve y concisa, un argumento ficticio y completo. No es obra de un autor concreto y conocido, sino de un autor o de un conjunto de autores y recreadores anónimos, que elaboran de modo tradicional una obra de arte que varía cada vez que se cuenta y que se transmite de viva voz. Sus características esenciales son: el estilo oral, la variabilidad, la migratoriedad, la inconcreción temporal y geográfica, el simbolismo, la función de entretenimiento y la función endoculturadora y socializadora”, en José Manuel Pedrosa, “El cuento tradicional: historia y poética”, en Elías Rubio Marcos, José M. Pedrosa & César Javier Palacios, *Cuentos burgaleses de tradición oral (Teoría, Etnotextos y Comparatismo)*, Burgos: Tentenublo, 2002, pág. 23.

Los cuentos seleccionados son siete y se presentan a continuación:

I. Los hermanos y la serpiente
[El Castillo de Irás y No Volverás]
(Villalbilla de Villadiego, Burgos)

Pues éste era un señor que era viudo, y tenía tres hijos. Era un zapatero, en un pueblo de éstos de Castilla que tenían poco negocio, claro. Y resulta que los hijos eran *mellizos*. Los tres habían nacido en un parto. Pero tenía una yegua que también había tenido tres crías en el mismo parto. Y, en el jardín — que tenía una huerta y un jardín la casa—, pues tenía tres rosales, que *les* habían plantado ellos, que les tenían mucho cariño. Y, en esos rosales, habían nacido tres espadas.

Y, claro, cuando ya los *potricos* se habían hecho grandes, los caballos eran grandes y el padre se había hecho ya anciano. El uno [un hijo] dijo que se iba a marchar por ahí, que no tenía nada que hacer en la zapatería. Y resulta que se iba a marchar por esos mundos de Dios, para ver si encontraba [trabajo].

Pero, al marchar, que se marchó con el caballo, con una de las tres espadas, [y] con un perro —que tenía una perra que también tuvo tres perros; coincidencia, ¿*verdá?*—. Y resulta que ya los perros también eran grandecitos, ¿*verdá?* Cogió el caballo, la espada y el perro y se marchó. Pero le dijo al marchar a su padre:

—Cuando estas flores vea *usté* que se ponen lacias, es que estoy en grande peligro.

Y, claro, resulta que se marchó, y llega a un sitio, andando por un camino. Él buscaba trabajo por algún pueblo, pero tuvo que ir a otro país, y en aquel país se encontró que había una serpiente con siete cabezas que había sometido a un pueblo para comerse a una persona. Si no, venía y destruía todo el pueblo, y a todos los ciudadanos. Y resulta que, al llegar por allí, era un chico muy guapo, el caballo era también muy bonito y el perro..., todo lo llevaba muy bien: llamaba un poco la atención. Y ese día coincide que llega por ese pueblo éste, el hijo del zapatero, pues tocaba ir a que *la comería* la serpiente [a] la hija del rey, a la cual la encontró en el camino. Pero él, de momento, no se había *dao* cuenta; hasta que llegó y se encontró con una vieja que había en el pueblo. Y entonces preguntó a la vieja:

—Pero, ¿qué pasa en este pueblo, que todos están de luto, y he visto por ahí una señorita que me ha dicho esto?

Dice:

—Sí, sí, es verdad, pues ésta tiene que ir ya para que la *comería* la serpiente, porque, si no, viene y nos destruye a todos.

Y esta vieja llevaba un hisopo, y les iba a untar con un condimento que tenía, y con eso les hipnotizaba, les dejaba inconscientes a quien[es] hablaba[n] con ella. Porque éste iba a hacer algo por el pueblo, pero la vieja no quería. La vieja estaba [compinchada] con la serpiente. Entonces, al decir la vieja eso, se separó de ella y corrió a estar con la hija del rey. Entonces, habló con la hija del rey, y *la* dice que sí, que tenía que estar a una hora determinada, y que iba adonde la serpiente. Y entonces éste, pues resulta que antes que *llegaría* ella, le dice:

—Párese *usté* aquí, que yo voy a luchar con la serpiente, a ver si la puedo matar.

Y, claro, efectivamente, llevaba el perro y el caballo y la espada, y fue a luchar con la serpiente, y entonces *la* quitó la cabeza principal. Y resulta que entonces ya, la serpiente se murió, dejó de actuar, dejó de existir. Y, cuando la mató, vino a decírselo a la hija del rey.

Dice:

—Oye —dice—, oye, eso ya está solucionado, así que no te preocupes, vete a casa, que eso ya está solucionado.

Y dice la hija del rey:

—No, si es que has *matao* a la serpiente, toma este pañuelo, y quítale las lenguas [a la serpiente] y me las traes [en el pañuelo].

Y entonces, efectivamente, la chica cogió las lenguas, las envolvió en el pañuelo, se las metió en el bolsillo, y se vino para casa. Claro, se lo contó a su padre. Y su padre [experimentó] un regocijo, pues estaban buscándole por allí al caballero. Con lo cual, el caballero ya había encontrado un trabajo en el pueblo, y este trabajo era zapatero. Y estaba trabajando en un balcón. Por cierto, que desde la plaza se veía a la gente que trabajaban de zapateros, entre ellos éste.

Por fin, ya le encontraron, y claro, entonces, ya le llevaron al palacio, y prepararon la ceremonia de la boda. Se casó con la hija del rey, porque el rey

lo había prometido. Y, claro, es que, además, éste no durmió, que habían hecho una promesa con la hija del rey de estar tres días sin tocarse, sin hacer el amor ni nada, o sea, durmiendo juntos; pero ponían la espada en el centro de la cama para no tocarse. Y resulta que ya llegó un día que le dice —desde el balcón se veían luces en otro pueblo, con una luminaria muy grande—, dijo:

—¿Qué pueblo o qué palacio es aquél?

Dice:

—Es el Palacio de Irás pero No Volverás.

Y es donde actuaba la vieja, adonde había estado él con la vieja, que lo había visto de día y no se había *dao* bien cuenta, y de noche le parecía mucho más bonito. Y entonces fue allá, esa curiosidad le picó. Y como ya había visto a la vieja, pues llegó allá y miró a ver si podía entrar sin que le viera la vieja. Pero la vieja era más astuta y no pudo pasar. Y entonces ya, se bajó del caballo para defenderse de ella, *pa* que no le *untaría* con el condimento. Y eso fue su perdición, porque, al bajarse del caballo, la vieja, así, un poco de lejos, le echó el líquido y le hipnotizó, le invalidó para defenderse.

Entonces, ¿qué pasa? Que en casa repercutía ya en el huerto: las flores se iban quedando muy lacias, porque la vieja le metió en un sitio donde no se podía mover, cerrado en una habitación. ¡Coño! Y en la huerta, sus hermanos [que] vieron aquello... Y resulta que querían ir en busca de su hermano. Uno de los otros dos que quedaban pues cogió el caballo, la espada y el perro, y coincide que fueron por el mismo camino y al mismo pueblo donde estaba *casao* su hermano y donde vivía el rey. Pero ellos no lo sabían. Ellos sabían que estaba en un gran peligro, como habían dicho, por las flores.

Pero, claro, coincide que vienen allí y, al verle, como eran los tres *mellizos* —se parecían mucho y eran muy guapos los tres—, pues vio la hija del rey que venía un poco tarde y salió a esperarle. Y, claro, le llevó al palacio, creyendo que era su marido. Bueno, pues allí cenan. Y se van a acostar, y lo mismo: ella ya sabía lo que tenía que hacer: y a poner la espada. Bueno, pues al acostarse vieron el palacio, y entonces dice que la misma pregunta: que qué palacio era aquél.

Dice:

—Pues el de Irás pero No Volverás.

Y él sospechó que allí estaba su hermano. Y entonces, a la mañana siguiente, *la* dijo que iba también a ver qué palacio era aquel tan importante. No sabía que estaba allí su hermano, pero él sospechaba algo, y se lo calló por dentro. Total, que llega allá, y sale la vieja también, y lo mismo:

—Pues, ¿qué pasa?

Venga a defenderse de ella [de la vieja], y que no podía quitarla el hisopo famoso. Y luego, pues lo mismo, le soltó el condimento ese, y le hipnotizó. Entonces, allí le vio a su hermano, pero estaban *ataos* con cadenas, y no se podían mover, claro.

Y a otro día, esas flores segundas, pues también se ponían marchitas, se ponían lacias. Veía el otro hermano que sus hermanos habían ido a parar a un sitio peligroso, que estaban en gran peligro. Y entonces este hermano dijo lo mismo: que quería ir a buscar a sus hermanos. Y el padre, llorando, pues se lo consintió, claro. Cogió el hijo el caballo, el perro y la espada, y se marchó también. Y coincide que llega también al mismo sitio, donde esperaba la mujer del primero, de su hermano, que era la hija del rey. Salió a esperarle y le llevó al palacio también. Y la misma ceremonia: al ir a acostarse, la espada en medio de la cama. Entonces éste, pues claro, como era de noche ya, pues se veía mucha luminaria, y preguntó:

—¿Qué pueblo es aquél?

Y le dice:

—Es el Palacio de Irás pero No Volverás.

Pero éste sospechó, y al llegar al pueblo donde estaba la vieja, tuvo una precaución que los otros no habían tenido. La vieja, cuando les iba a untar, les echaba una maldición: que las cuerdas con que les había *atao* se *volverían* cadenas. Pero a éste no le pudo untar la vieja, porque éste tenía un perro muy bueno y muy fuerte, y enviscó al perro sobre la vieja, y el perro se lanzó sobre ella y no le pudo hipnotizar. Y entonces el perro venció a la vieja y *la* quitó un clavo que tenía *clavao* la vieja en la cabeza, que por lo visto era muy especial. Y el perro mató a la vieja.

Y entonces, éste estaba libre para actuar, y empezó a recorrer el pueblo en busca de sus hermanos, y allí se encontró con el Palacio de Irás pero no Volverás, donde estaban sus hermanos. Pero, además, había otros muchos con ellos. Y claro, entonces éste, al ver ese espectáculo, pues ya sospechó lo

que había *pasao* antes, en la noche anterior, que le pareció muy extraño que *pondría* la espada... Y, ¿qué pasa? Pues que al tercer día se acababa la promesa, porque cuando este tercero llegó, salvó a todos, también a los que estaban atados con cadenas con sus hermanos.

Y se vinieron al pueblo, los tres a caballo. Y vinieron todos por distinto sitio, y llegó uno primero —que era el que había ido el último—, y entonces éste, al verle la reina, pues creyó que era su marido, y le llevó al palacio. Allí cenaron y... Pero los otros llegaron más tarde y, al llegar, ya estaba su hermano cenando. Y resulta, claro, que éstos se van a acostar, también. Y ya, al cuarto día, pues dice la reina a la hija del rey:

—Pero es que no te acuerdas que eso ya está cumplido, que ya se han pasado [los] tres días...

Entonces el hermano dijo:

—Esto es que mis hermanos han *pasao* por aquí.

Claro, le hizo caer en la cuenta. Y entonces trató de arreglar el entuerto. Y, claro, sí, efectivamente, esperó a que *vendrían* sus hermanos, porque tenían que llegar los otros dos. Y, efectivamente, estaban los tres. Y le dijo a la reina:

—¿Quién es tu marido? Será éste. Yo no, porque...

Y se aclaró todo. Y se celebró una fiesta muy grande en compañía de los tres hermanos. Y entonces es cuando, en el jardín, las flores que estaban lacias habían florecido y estaban frescas.

Y *colorín colorado*, este cuento se ha acabado.

Recogido el 18 de octubre de 2000

Publicado por Elías Rubio Marcos, José Manuel Pedrosa & César Javier Palacios en *Cuentos burgaleses de tradición oral (Teoría, Etnotextos y Comparatismo)*, Burgos: Tentenublo, 2002, págs. 105-108.

II. Perico el de los Palotes

(Valbuena de Duero, Valladolid)

Esto era una señora, era una señora que tenía una hija muy tragona, muy tragona, muy tragona, y un día se *la* había comido cinco empanadas que había hecho para la cena, y se puso a gritar:

—¡Ay!, que mi hija se ha comido hoy cinco empanadas, que mi hija se ha comido hoy cinco empanadas...

Y entra una anciana corriendo:

—Que pasa el rey...

Entonces cuando pasaba la corte del rey, pues por los pueblos, pues toda la gente tenía que salir a verle para aclamarle y todo eso. Entonces ella dice:

—¡Ay!, ¿qué hago yo ahora?

Porque la había oído vocear. Y decía el rey:

—¿Aquí hay una señora que está loca o qué pasa?

Entonces dice:

—No, qué va, es que mi hija se ha hilado hoy cinco madejas.

Dice:

—¡Ay, Dios mío!, pues eso es lo que yo necesito: una niña que hile mucho, porque yo tengo muchas madejas para hilar. Mándemela a palacio, que tiene que hilarme.

Entonces, la señora toda asustada:

—Ay, qué haré yo, Dios mío; pero si no sabe hilar. ¡Qué hacemos! — dice— ¡Qué haré yo!

Bueno, pues estaba la pobrecica llorando. La mujer se marchó a casa, y decía: “¡Ay, Dios mío! ¿Cómo lo arreglaré yo?”. Y la niña llorando allí en una habitación que la habían puesto en el palacio con un montón de lana para hilar, ¡uh!, ¡vellones terribles! Y la pobrecica llorando...; entró por una ventana un enanito y la dice:

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Dice:

—Es que mira: me había comido cinco empanadas, y pasaba el rey —y se lo contó todo—, y mi madre dijo que me había *hilao* cinco madejas, y yo no sé hilar.

Dice:

—Mira, no te preocupes, que yo te voy a llevar todos los días la lana y te la traigo, te traigo hiladas cinco madejas *tos* los días; pero cuando termine de hilarte todo este montón, me darás lo que yo te pida.

Dice:

—Bueno, yo te daré lo que tú quieras; no te preocupes.

Entonces, pues todos los días lo hilaba, y ya le quedaba muy poco. Se lo llevaba, se lo daba al rey: todos tan contentos. Entonces, cuando ya le quedaba muy poco, muy poco: “¡Ay, Dios mío!”, dice:

—Bueno, ¿qué me vas a pedir?, porque no hemos *hablao desto*.

Dice:

—Pues te voy a pedir que sepas mi nombre, a ver si sabes cómo es, cómo me llamo, y entonces no te pediré nada.

Dice:

—¡Ay!— pues todos los días, ya los últimos días le decía qué sé yo nombres— Te llamas Juan, te llamas Pedro... —no se llamaba de ninguna manera.

Entonces llegó una vecina un buen día a hablar con su madre y dice:

—Hija, me ha *pasao* una cosa más curiosa —dice—. Iba a por leña al bosque —dice—, y en el tronco de un árbol —dice— sentí que había una rueca —dice—. Me acerqué —dice—, y claro, él no me vio —dice—, y había un enano hilando —dice—, y estaba cantando:

*Yo no tengo nombre ni tengo motes,
que me llaman Perico de los Palotes.*

Entonces la madre dice:

—Ay, gracias, Dios mío —dice—, que es lo que yo quería saber.

Fue corriendo y se lo dijo a la hija, dice:

—Mira, hija, se llama Perico de los Palotes.

Entonces, cuando llegó el enanito (que ya no le quedaba nada), dice:

— Mira —dice—, te llamas —empezó por otros nombres para que no le pareciera que había sido una cosa que se lo hubiera dicho nadie—, te llamas esto, te llamas lo otro, te llamas...

Dice:

—No, no, no... —ay, el enano daba saltos de alegría—. Que no, que no me llamo así.

Dice:

—Pues te llamas Perico de los Palotes.

Y entonces, ¡aaahhh!, se puso todo furioso, todo furioso; se marchó, y andando. Y, *colorín colorado*, este cuento se ha acabado.

Recogido por Joaquín Díaz en 1984

Publicado en *Revista de Folklore*, 20 (1982), pág. 72, y en *El cuento popular en la escuela*, Valladolid: Fundación Siglo, Junta de Castilla y León, 2003, págs. 80-81.

III. El gallo Quirico

(Valbuena de Duero, Valladolid)

Éste era un gallo, un gallo muy presumido, muy presumido, y le había *mandao* una carta su tío Perico, que se iba a casar y que le invitaba a la boda. Entonces se puso todo chulo, todo guapo, se lavó bien las plumitas y ya iba cantando por el camino tan contento; pero de repente pues vio un *mudadal*, y, claro, le tiró la idea de picar en él. Y decía:

—¿Que haré yo? Si pico, me mancho el pico, y tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito.

Pero picó; picó y se manchó el piquito, y entonces se entristeció todo. Se lo limpió con unas hierbas, y nada, no se le quitaba. Iba todo triste, todo triste:

—Ay, ay, que tengo que ir a la boda mi tío Perico y tengo que ir muy limpito.

Y se encontró una malva, y dice:

—Malva, ¿no me podrías limpiar el pico, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito?

Y dice:

—¡No quiero!

Entonces dice:

—Bueno, pues me voy para allá.

Se va andando todo triste, todo triste, y se *encontra* una oveja. Y dice:

—Oveja, come a malva, que la malva no ha querido limpiarme el pico, y tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito.

Dice:

—¡No quiero!

Dice:

—Bueno, pues me voy para allá.

Iba andando, andando, andando, y se encontró un lobo.

Dice:

—Lobo, come a oveja, que oveja no ha querido comer a la malva y la malva no ha querido limpiarme el pico; tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito.

Dice:

—No quiero.

Entonces va andando, andando, andando, y se encuentra un palo:

—Palo, pega al lobo, que el lobo no ha querido comer a oveja, oveja no ha querido comer a la malva y la malva no ha querido limpiarme el pico, y tengo que ir a la boda de mi tío Perico, que tengo que ir muy limpito.

Dice:

—No quiero.

—Bueno, pues me voy para allá.

Y todo triste el pobre gallito, sigue andando, y se encuentra una lumbre.

Dice:

—Lumbre, quema al palo, que el palo no ha querido pegar al lobo, el lobo no ha querido comer a oveja, oveja no ha querido comer a la malva y malva no ha querido limpiarme el piquito, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito.

Dice:

—¡No quiero!

Entonces va más allá, más allá, más allá, y se encuentra un arroyo.

—Agua, apaga la lumbre, que la lumbre no ha querido quemar al palo; el palo no ha querido pegar al lobo, el lobo no ha querido comer a oveja, oveja no ha querido comer a la malva y la malva no ha querido limpiarme el pico, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito.

Dice:

—No quiero.

Dice:

—Bueno, pues entonces me limpiaré yo solo.

Se agachó el pobre a limpiarse el pico en el agua y, ¡bam!, se cayó. Y va y la corriente le llevaba. Vinieron las doncellitas de su tío Perico a por agua *pa* hacer la comida, le vieron, le cogieron, le pelaron, le guisaron con arroz y en las bodas de su tío Perico el pobre gallito allí terminó.

Recogido por Joaquín Díaz en 1984.

Publicado por Joaquín Díaz en *Cuentos en castellano*, Madrid: De la Torre, 1988, págs. 109-111, y en *El cuento popular en la escuela*, Valladolid: Fundación Siglo, Junta de Castilla y León, 2003, págs. 103-104.

IV. El amor como la sal

(Cantabrana, Burgos)

Había otro rey, y ese rey tenía tres hijas mozas ya. Y dijo, dice:

—Voy a saber la que me quiere más de las tres. Conque preguntó a la mayor que a ver lo que le quería. Y le dijo, dice:

—Yo, papá, te quiero mucho, mucho.

Después preguntó a la segunda. Dice:

—¿Y tú, cuánto me quieres?

Y le dijo, dice:

—Yo mucho, mucho, mucho más.

Y preguntó a la pequeña la última.

Dice:

—Y tú, ¿cuánto me quieres?

Y le dijo la pequeña:

—Yo, como el agua a la sal.

Pero él, aunque era rey, pues no entendía, creía que le quería decir que no le quería nada. Conque ya, a la hija pequeña, por decir eso, la echó de casa. Y fue a parar a casa de otro rey ella, a pedir trabajo, y *la* dijeron:

—Ya tenemos criados.

Bueno, pero por lástima —que iba de pastorcilla y ya no iba de princesa—, la cogió y se quedó allí.

Dice:

—Pero tienes que ir a cuidar el rebaño de ovejas.

[Y ella] va a cuidar el rebaño. Y ya llevaba [consigo] pues cosas del palacio. Conque va, y cuando llegaba al monte, cogía y llevaba un cachavo. Conque va, llega, y se despojaba de toda ropa, y se ponía de princesa: los cabellos dice que eran de oro, y el peine con el que se peinaba, que era de plata. Dice que daba gusto verla, parecía una princesa hecha y derecha. Conque ya, [cuando] iba a pasar una oveja, cogía el cachavo y se ponía:

—¡*Cachavín, cachavola,*
que no me parió mi madre
para ser pastora!

Y la mataba a la oveja. Y cuando llegaba por la noche, decía:

—Mire, mi amo: que se ha muerto una oveja.

—Bueno, pues qué se va a hacer. Se ha muerto una oveja, pues se ha muerto.

Conque a otro día por la mañana, otra vez la pastorcilla a cuidar el *ganao*. Llegaba, como digo, al punto donde dejaba los *ganaos*, y se despojaba de todas vestiduras. Se vestía de princesa, se peinaba, sacaba los peines de oro y plata que tenía, y cogía el cachavo. Y, al pasar la oveja, [otra vez lo mismo]:

—¡*Cachavín, cachavola,*
que no me parió mi madre
para ser pastora!

[Y] otra [oveja] que caía. Y va *ande* el rey otra vez, y se lo dijo ella, que se había muerto otra. Y ya, pues empezó a sospechar algo el rey. Y ya por tercera vez. Pues dijo, dice:

—Tengo que ver yo cómo se muere así el *ganao*.

Conque ya, va otro día con el *ganao*, se quita toda ropa, se pone de princesa, saca los peines de oro y plata, se peina, y dice que daba gusto verla. Va a pasar el *ganao* y [dice]:

—¡*Cachavín, cachavola,*
que no me parió mi madre
para ser pastora!

[Y] otra [oveja] que cayó. Ya vio el otro [lo que pasaba] —que la estaba mirando desde un alto—, y dice:

—Ésta no es pastora, ésta tiene que ser reina. Algo tiene que ser.

Conque al día siguiente dice que ya no la manda a cuidar el *ganao*. Pero se enamoró él de ella. Como la vio tan bien, se enamoró. Y ya se puso a hablar con ella, y la pidió para matrimonio. Y ella dice:

—¡Huy, eso no puede ser, cómo se va a casar un príncipe como usted con una pastorcilla! —Dice— no.

—No importa, yo te quiero —dice—, y serás mi esposa.

Conque ya, ella accedió. La cogió con el caballo y la llevó a palacio. En el palacio ya llegó un día que pusieron una fecha *pa* casarse: tal día nos

casamos. Pero ella le dijo a él —ya sabían los que iban a ir a la boda— que había que convidar a tal rey, que era el padre. Ella no dijo que era el padre ni nada.

Dice:

—¡Sí, hombre, sí! —Como la quería, dice —: pues hay que convidarle.

Pero ella ordenó que a todos [dieran] buena comida y bebida, todo [lo] que quisieran, pero que a aquel rey le tenían que poner la comida sin sal. Y los *criaos* pues así lo hicieron. Pusieron buenas comidas, buenas bebidas, y todos se divertieron mucho. Pero llegó la hora de la comida, y a aquel rey no le gustó, porque no tenía sal. Y entonces se *recordó* de la hija, dice:

—¡Ay, Dios! —dice—, ahora ya veo yo —dice— que era la hija [pequeña] la que más me quería a mí, que me dijo, una vez que la pregunté, que me quería como el agua a la sal. —Dice— ¿dónde estará?

Conque a todos preguntaron que qué tal las comidas, y a él también, y dijo que la comida que estaba bien, pero que no le había *gustao* porque no tenía sal. Y entonces se declaró después ella, porque él se quejaba:

—La eché de casa. ¿Dónde andará la pobre? —Dice—, que me dijo que me quería como el agua a la sal...

Y era la que le quería más que las otras.

Y colorín, *colorao*, este cuento se ha *acabao*.

Recogido en mayo de 1998

Publicado por Elías Rubio Marcos, José Manuel Pedrosa & César Javier Palacios en *Cuentos burgaleses de tradición oral (Teoría, Enotextos y Comparatismo)*, Burgos: Tentenublo, 2002, págs. 168-170.

V. La sopa de piedras

(Villasana de Mena, Burgos)

Éste era un soldado que regresaba de la guerra. Al dirigirse hacia su casa, cansado, mojado y hambriento, le sorprendió la noche al pasar por una aldea.

Llamó a una casa, y la mujer que abrió la puerta le mandó pasar, advirtiéndole que eran pobres y que de comer no podían darle. Al soldado no le importó. Dijo que necesitaba secar su ropa, calentarse y dormir.

Ya delante del fuego, indicó a la mujer que su abuela hacía una sabrosa sopa de piedras. La señora se interesó, y él *la* pidió que pusiera al fuego un puchero con agua y un poco de sal.

Al pie de las goteras frente a la casa eligió unos guijarros redondeados y limpios. Echados en el agua, pronto comenzó a hervir.

—Quizá tenga usted media zanahoria, una hoja de col, un tomatito, medio pimiento u otra cosa de la huerta, cualquier cosilla —dijo.

Las pocas verduras que halló la señora acompañaron a las piedras, junto con un ajo picadito y un trozo de cebolla.

El soldadito no cesaba de contar “batallas” interesantes...

—¿Tendrá un *currusco* de pan duro por ahí? —Preguntó— es por suavizar un poco. La señora buscó un mendrugo, que también fue a parar al puchero.

Entre historia e historia, solicitó una corteza de tocino o una esquina de pernil, aunque estuviese rancia.

Con su labia consiguió una succulenta sopa, que se apresuró a cenar.

Como la mujer viese que apartaba las piedras, le preguntó el motivo de cocerlas en la sopa, a lo que el soldado contestó muy tranquilo:

—¿Las piedras? Sólo eran para dar gusto.

Recogido el 18 de diciembre de 2001

Publicado por Elías Rubio Marcos, José Manuel Pedrosa & César Javier Palacios en *Cuentos burgaleses de tradición oral (Teoría, Enotextos y Comparatismo)*, Burgos: Tentenublo, 2002, págs. 195-196.

VI. Juanito el Oso

(Vilvestre, Salamanca)

Era una vez un rey que tenía tres hijas, y un día salieron de paseo y se perdió una. La encontró un oso y la llevó *pa* su cueva. Estuvo muchos años allí. Por fin *vinon* a tener un hijo.

Cuando el niño era mayor, le decía a su madre que si no había más mundo que correr que aquél, estar siempre en aquella cueva metidos.

—Sí, hijo, sí. Hay más mundo que correr que éste, y tu abuelito es rey.

—Pues, madre, vamos a escaparnos.

—No ves, hijo, que no podemos salir de esta cueva, porque cuando se marcha tu padre, nos pone una piedra muy grande a la puerta y no podemos salir.

Pasó mucho tiempo, volvió a decirle el hijo a su madre:

—Pero, madre, ¿no hay más mundo que correr que éste?

—Sí, hijo, hay más mundo que correr que éste y tu abuelito es el rey. Y yo tengo dos hermanas. Y un día salimos de paseo y yo me perdí de ellas. Después me cogió tu padre, que es un oso, y me trajo a esta cueva. Y si yo hubiese podido escaparme, ya hace tiempo que me hubiera *escapao* a ver a mis padres.

—Pues, madre, vamos a ir a escaparnos. Cuando mi padre salga mañana nos escaparemos, y no nos volverá a ver, porque yo ya tengo fuerza para poder quitar la piedra.

La mañana siguiente se marcha el padre, y el hijo quitó la piedra. Estuvo espiando a ver dónde estaba su padre. Cuando ya iba muy lejos, mandó salir a su madre de la cueva, puso la piedra y marcharon los dos. Se hizo de noche y no sabían por dónde tenían que ir, y se quedaron a dormir entre unos trigos.

Aquella noche el oso, *desque* llegó a casa y no los vio, se marchó en busca de ellos, y estuvo muy cerca, pero no los vio. Pasaron mucho miedo, porque si los ve los hubiera *matao*. *Desque* no los vio se fue.

La mañana siguiente, cogieron el camino y se marcharon al pueblo. Como ella hacía tanto tiempo qu'estaba en la cueva, ya tenía toda la ropa rota. Le daba vergüenza entrar *pal* pueblo, porque su hijo estaba cubierto de vello. S'esperaron hasta la noche, y fueron llamando al palacio.

Salió una hermana y no la conocía, y ella se le dio a conocer. Se *puson* muy contentos.

Buscaron un barbero para afeitar a su nieto. Lo vistieron bien vestido y pasaron unos días y el rey quiso llevarlo al colegio. Lo llevó y a todos los muchachos le pegaba, porque como no estaba *acostumbrao* a ver a nadie, desobedecía al maestro. Cuando le reñía, el maestro le pegaba. Pero el señor maestro ya no quería que volviera a escuela, porque tenía algo de oso y no podía dominarlo.

Pasao más tiempo le dice a su abuelo que quiere irse a correr mundo, que mandara hacerle una porra de cien arrobas. Avisaron a dos o tres herreros, se la *hizon*, y cuando se la fueron a llevar, llevaban dos parejas de bueyes y un carro.

—¡Ah! ¿pero para traer esta porra, necesitan ustedes tanto *bué*?

La cogió, le dio un trompazo al carro, a los *bués* y los mató. Se fue a correr mundo. Había *caminao* un pedazo y s'encontró con un hombre qu'estaba allanando tesos con el culo.

—Allanatesos con el culo, ¿cuánto ganas?

—Una peseta.

—Vámonos conmigo, te daré dos. Iremos juntos en compañía.

Habían *andao* otro pedazo, y s'encontraron con otro hombre qu'estaba arrancando pinos con el sobaco.

—Arrancapinos con el sobaco, ¿cuánto ganas?

—Una peseta.

—Vámonos conmigo y ganarás dos.

Habían *andao* otro *cacho* y s'encontró con otro hombre que era barquero. Había un río y le dijo que hiciera el favor de pasarlos *pallí*.

—¿Dónde tiene *ustez* la barca?

—La barca son las mis barbas.

—¿Nos pasa *pallá*?

—Sí, señor.

Y ató lo primero la porra de las barbas, y la pasó *pallá*. Después volvió y se fueron los tres. Le dice:

—¿Cuánto ganas?

—Una peseta.

—Vámonos conmigo y ganarás dos.

Se fueron los cuatro juntos y llegaron a una casa, y había carneros en ella.
Y le dice:

—Vais a guisar un carnero. Te vas a quedar tú, Allanatesos con el culo. Toma esta esquila. Cuando lo tenga *guisao* la tocas, y nosotros vendremos, que vamos a ver lo que hay por ahí.

Estando guisando el carnero se le apareció una vieja en la chimenea y le empezó a escupir. Y le dice:

—No escupas, viejiña.

—Calla, hombre, que es la grasiña.

—¡Qué grasiña, ni qué mierda!

—¿Quieres que baje *pa bajo* a echar una vueltiña?

—Baja *pa bajo*, que yo te daré vueltiña.

Bajó la viejiña y le pudo. Le comió unas buenas presas de carne y se marchó. Él se asustó y tardaba en tocar la esquila. Y le dice Juanito el Oso a los compañeros:

—Vamos a ver si tiene *guisao* el carnero, que no termina de tocar.

Al llegar allí, él se empezó a quejar, y le decía Juanito el Oso:

—Allanatesos con el culo, ¿cómo tanto has *tardao* en guisar el carnero?

—Es que me he puesto enfermo; yo no sé qué puede haber aquí, tento un reumatismo que me parte.

—Bueno, vamos a comer. Y él no comió.

Se marcharon otra vez y quedó Arrancapinos con el sobaco, guisando otro carnero. Se le apareció la viejiña a la chimenea, y le escupió. Dice:

—No escupas, viejiña.

—Calla, hombre, que es la grasiña.

—¡Qué grasiña, ni qué mierda!

—¿Quieres que baje *pa bajo* a echar una vueltiña?

—Baja *pa bajo*, que yo te daré vueltiña.

Bajó *pa bajo* y le pudo. Le comió unos filetes y se fue.

Al ver que tanto tardaba en tocar la esquila, le dice Juanito el Oso a sus compañeros:

—Vamos a ver qué pasa, que tanto tarda en guisar el carnero.

—¿Qué te pasa, Arrancapinos?

—Yo no sé qué puede haber en esta casa, que tengo un reumatismo que me parte.

—Bueno, bueno, vamos a comer. Y nos marcharemos otra vez. Que quede el barquero a guisar el carnero.

Y le dio la esquila *pa* que la tocara cuando lo tuviera *guisao*. Al poco rato llegó la vieja a la chimenea y empezó a escupirle, y le dice:

—No escupas, viejiña.

—Calla qu'es la grasiña.

—¡Qué grasiña ni qué mierda!

—¿Quieres que baje *pa bajo* y echemos una vueltiña?

—Baja, baja, yo te daré vueltiña.

Y bajó y le pudo otra vez. Y al ver que tanto tardaba en tocar la esquila, fueron allá, y le dijo otra vez que tenía reumatismo.

Se *puson* a comer y al terminar de comer le dice Juanito el Oso:

—Bueno, pues ahora, os vais vosotros y me quedo yo. Y cuando toque la esquila venís a comer.

Y también a Juanito el Oso se le apareció la vieja y le empezó a escupir. Dice:

—No escupas, viejiña.

—Calla, hombre, que es la grasiña.

—¡Qué grasiña ni qué mierda!

—¿Quieres que baje *pa bajo* a echar una vueltiña?

—Baja *pa bajo*, que yo te daré vueltiña.

Bajó *pa bajo*, y le parecía que iba a pasarle lo que a los otros, que lo iba a poder. Pero le fue al revés, cogió la porra y le dio un porrazo y la mató.

Conque al rato tocó la esquila, y se dicen los unos a los otros lo que le había *pasao*, que se le había aparecido la vieja y que a él, seguramente, no se le hubiese aparecido. Y se fueron.

Cuando estaban comiendo les dice:

—Bueno, pues no ha sido reumatismo lo que os ha *pasao*, sino ha sido una vieja. Pero, bien, la maté yo. Podéis quedaros tranquilos. Fueron a ver y se había *escapao*. Era el demonio.

Pero Juanito el Oso le había cortao un pedazo de oreja, y le dijo a sus compañeros; dice:

—*Mirar* toda la sangre que echó y un trocito de oreja que le quité.

Se fueron buscándola por la sangre, hasta llegar a la boca de un pozo. Y la sangre entraba *p'allí*. Y le dice:

—Allanatesos con el culo, vas a entrar tú el primero, *atao* con una soga, y cuando toques esta esquila te sacaremos. A ver qué hay.

Pero él, temiendo que era la vieja, de seguida la tocó. Y le dicen que qué había visto, y le dice que nada.

Después le dice Juanito el Oso:

—Ahora vas a entrar tú, Arrancapinos con el sobaco, y cuando toques la esquila, tiramos.

Aqué! bajó otro poquito más abajo, pero luego le dio miedo, tocó la esquila y lo sacaron. Al salir le preguntan que qué había visto. Dice:

—No he visto nada, qu'está muy oscuro eso *p'ahí*.

Y después le dice Juanito el Oso al barquero que iba a entrar él. Entró un poquito más adentro y de seguida tocó la esquila; tiraron *dél* y lo sacaron. Y le preguntaron que qué ha visto. Dice:

—No he visto nada porque está muy oscuro.

—Pues a vosotros lo que os pasa es que os da miedo, le dice Juanito el Oso.

—Pues ahora, entro yo.

Ató la porra y la bajó hasta el fondo. Después se ató él y bajó también, y le dice a los compañeros:

—Yo voy a ser el contrario, contra más toque la esquila más cuerda me dais.

Da en tocar y ellos en darle cuerda. Llegó a una puerta, llamó. Salió una moza muy guapa y le dijo:

—¿Quién te ronda?

Dice:

—Me ronda una serpiente que tiene tres cabezas.

—¿Sobre qué hora viene?

—Sobre las nueve de la noche.

—Pues yo la mataré, y si te quieres marchar conmigo te marchas.

—Sí, pero es muy mala y te va a matar.

—No tengas miedo que yo la mato.

—Pues si le das, le das en la cabeza del medio, que es la principal.

Ya llegó la hora de que fue la serpiente, y al ir a entrar por la puerta le dio uno con la porra, en la cabeza del medio, y la mató. Y le dice:

—¿Qué hay *p'ahí* adelante?

—Pues *p'ahí* adelante tengo yo otras dos hermanas, que también están encantadas. Y tú, si puedes, mira a desencantarías.

Echó a andar y llegó a otra puerta, y llamó, y salió otra moza más guapa todavía. Y le dice:

—¿Quién te ronda?

—Un toro.

—Bueno, pues si te quieres venir conmigo yo lo mato.

—Pues es muy malo y te va a matar él.

—No tengas miedo, ¿sobre qué hora viene?

—Sobre las diez.

S'esperó, hasta que fue el toro, y lo mató. Y seguían las gotas de sangre *p'allí* todavía, y dice:

—¿Qué hay *p'ahí* adelante?

—Pues otra hermana mía que está encantada, mira a ver si puedes desencantarla.

Echó a andar. Llegó a otra puerta, llamó y salió otra moza más guapa todavía.

—¿Quién te ronda?

—Una vieja y es el demonio.

Le dice:

—¿Sobre qué hora viene?

—Sobre las once.

—Pues yo lo mataré, si te quieres ir conmigo.

—De buena gana me iría, pero es difícil que tú puedas matarlo.

—Sí, yo la mataré.

—Pero es muy zorra, vendrá con muchas *engañifas*. Te dirá qu'escojas una espada de ese montón. Pues escogerás de las más *ferrugentes*, porque son mejores que esas que brillan tanto.

Y al dar la hora llegó la vieja y dice:

—Hola, mocito gallardo, ¿qué haces por aquí? ¿Vamos a echar una vuelta?

—Como tú quieras. Vamos a escoger una espada a ver cuál podemos.

Cogió de las más *ferrugentes* y le dice la vieja:

—¿Cómo no coges de estas más relucientes, que son mejores?

—Y a ti eso ¿qué te importa?

Le dio un trompazo con la porra y la espada se le clavó en el corazón y la mató. Y aquella moza le dio media naranja de oro, por haberla desencantado, y se enamoró *della*.

Le llevó con él y cogió la otra hermana, y después cogió a la otra. Y se llevó a las tres. Al llegar a la puerta del pozo empezó a tocar.

Ató a la primera que había *desencantao*. Tiraron *della*, y al verla tan guapa, todos la querían. Y se enamoró Allantesos con el culo.

Y tiraron la sogá otra vez, y sacó la segunda que había *desencantao*. Y al verla tan guapa todos la querían. Y se enamoró Arrancapinos de ella.

Tiraron la sogá y sacaron la última. Al salir todos la querían, y ella dijo que no se casaría si no era con el que la había *desencantao*, y si no con ninguno.

Le tiran la sogá y ató la porra. Al atar la porra se tronchó y se quedó allí hundido. Y los compañeros se marcharon, pero ella no se fue con nadie.

Se fue *pa* casa de sus padres y Juanito el Oso estaba allí metido, en el pozo. Lo obligaba mucho el hambre, hasta que se acordó que tenía el pedacito de oreja de la vieja guardado en el bolsillo, y la fue a comer.

Al morderla le dijo que qué le pedía.

—Pues te pido que me saques de aquí.

Lo sacó de allí, pero al llegar a la puerta del pozo, la volvió a morder a la oreja. Y le dice:

—¿Qué me pides?

—Que me lleves a una fonda.

Llegó a la fonda y le dice a la señora que le llevara todos los días el periódico a ver qué venía. Y un día decía qu'el que se quisiera casar con la hija del rey, que tenía que hacer unos torneos, y el que ganara la pelea aquel se casaría con ella.

Hizon los torneos y fue Juanito el Oso y los ganó. Y decía ella:

—Mire, padre, aquél es el que me desencantó.

—¡Calla, tú que lo vas a conocer!

—Sí, padre, sí lo conozco y si no me caso con él no me caso con nadie.

El padre, *desque* vio que tantos murieron, de pena se puso enfermo. Y le recetó el médico agua de la Fuente del Oro. Y fueron los dos yernos a buscársela. Y Juanito, de que se enteró de que estaba enfermo el rey, por haber hecho tantas muertes, mordió la oreja. Y le dice:

—¿Qué me pides?

—Que me traigas una botella de agua de la Fuente del Oro.

Se vistió de viejo, y se salió al camino con la botella del agua. Y iban los dos yernos del rey por aquel camino, y le dicen:

—Viejo, haz el favor de enseñarnos la Fuente del Oro.

—Pues está muy largo, y no sé cuándo vais a llegar a ella. Yo tengo una botella de agua, si queréis os la doy.

—Pues, dénosla.

—Pero tenéis que hacer lo que yo os diga. A uno os tengo que clavar una herradura en la espalda, y al otro cortarle un trocito de oreja.

Y ellos, por salvar a su suegro, se dejaron hacer. Llegaron a casa, bebió el agua el suegro, y se puso bueno.

Después se acordó su hija de que le había *dao* media naranja de oro, y *puson* en el periódico, que el que hiciera media naranja de oro, que se casaría con su hija. Porque ella sabía que no lo podría hacer nadie, y se casaría con el que la desencantó.

Le pidió el periódico al ama, a ver qué llevaba. Y ponía que el que hiciera media naranja de oro, se casaría con la hija del rey. Y Juanito el Oso, como ya la tenía hecha, le dice al ama:

—Tráigame medio saco de nueces y un cántaro de vino, y lo haré yo. Pero tenga *cuidao* que sus hijos no se vengan a asomar, porque me la *esbaratarán*.

De cuando en cuando, iba un hijo a asomarse a ver cómo l' hacía. Y dice:

—Madre, si bebe vino y come nueces, ¿tendrá que ser así?

—No vayas a asomarte, que se la vas a estropear.

Terminó de comer las nueces y beber el vino, y salió con la media naranja de oro en la mano. Y le dice que llamara un hijo, a la señora, para ir a llevar al palacio la media naranja de oro.

Llegó a la puerta del palacio, y llamó a la puerta. Salió la hija y al ver que no la llevaba él por sus manos, le decía que quién se la había *dao*.

Le decía que un señor qu'estaba en su casa.

—Pues le dices a ese señor, que la venga a traer él.

Se fue *pa* casa y le dijo lo que le había dicho. Lo volvió a mandar al palacio a que le dijieran, que si lo querían que lo fueran a buscar a donde estaba.

Lo van a buscar a donde estaba, y estaba en una habitación. Y mordió la oreja de la vieja y le dice:

—¿Qué me pides?

—Que esté hecho un viejito, con muy mala ropa.

Y al verlo, los cuñados le decían que con quién se iba a casar. Lo llevaban al palacio y todos escapaban de él. Y ella lo conocía y se arrimaba cada vez más a él. Y le decían que vaya un marido que iba a coger. Y ella decía que era el hombre que le gustaba.

Ya le dijo, que si lo podían meter en una habitación. Y allí volvió a morder la oreja:

—¿Qué me pides?

—Que sea el hombre más guapo, y que no haya traje como el mío.

Y cuando salió de allí todos lo querían. Y entonces él escapaba. Y decía:

—Pues cuando *ustez* estuvo enfermo, no fueron éstos los que le salvaron la vida, qu'el agua se la he *dao* yo a ellos.

Y ellos decían que no. Y le dice:

—Pues señal tienen los dos, pues uno tiene una herradura en las espaldas, y el otro le falta un trocito de oreja.

Le miraron a las espaldas y era cierto, y en la oreja también.

Después se casaron y todos lo querían, pero él no podía ver a los cuñados, porque tanto lo despreciaron. Y el rey después, nada más quería que él, que fue el que le salvó la vida.

Desde aquel día en adelante, vivieron todos felices.

Recogido en abril de 1951

Publicado por Luis Cortés Vázquez en *Cuentos populares salmantinos. Tomo II: De encantamiento y de animales. Estudio y vocabulario*, Salamanca: Cervantes, 1979, págs. 130-141.

VII. La moza brava

(La Alberca, Salamanca)

Era una moza muy brava, muy brava. Y nadie la quería; ningún novio la quería. Y el padre tenía un hijo, y ehte hija tenía un amigo, y eran amigoh.

Y ese amigo, como nadie quería a la moza, pueh dice:

—Pueh yo la voy a querer, que yo la amansaré.

Y el padre supo qu'iba a querer a aquella moza, y se juntaron en una comida.

El padre del hijo le dijo al otro padre, que se iba a casar su hijo, que se quería casar con su hija.

Y entonceh le dice el padre de la hija:

—No hombre no, ni mucho ni menoh, porque eh muy mala, muy mala, muy brava.

Ya ve uhté, como se lo dijo el mihmo padre, y todo que era muy mala, que no le convenía.

Pueh nada, no hizon caso. Y se casaron.

Ara él, aquella mihma noche del casamiento, tenía un perro y le dice al perro:

—Alano —lo llamaban Alano—

—tráeme un vaso de agua

le dijo al Alano. El perro pueh no le hizo caso.

Coge un *sabre* el amo, y lo trahpasó, y lo mató a *sabrazoh*, lo mató.

Ara va y tenían un gato, y le dice al gato:

—Tráeme un vaso de agua.

Y el gato, pueh no entendió y no se lo llevó. Le hizo la mihma operación que al perro: lo mató.

Bajan a la cuadra y le dice a ella:

—Baja, amigo. Iba ya *toa* asuhtada. Le dijo al caballo:

—Dame un vaso de agua.

El caballo no entendió tampoco.

Dehque no le llevó el agua, a *sabrazos* lo mató al caballo.

Ara ella diría: ahora me toca a mí, ehtaría temblando.

Ya fue y se subió *p'arriba*, y le dice a la mujer:

—Dame tú un vaso de agua.

Y se lo dio ehcapada, a ehcape, se lo dio enseguida.

—Y ahora me voy a dehcansar yo, me voy a la cama. Y tú te poneh a la puerta y no dejeh pasar a nadie, que no me molehten.

Que no quería que lo molehtaran, que no lo molehtaran.

Ahora ella tuvo que ehtar de vela *toa* la noche, que no molehtaran a su ehposo.

Ya toda la gente al *desotro* día se encontraron a ella cuidando la puerta.

—Nada, nada, aquí no pasa nadie, que no hay que molehtar a mi ehposo.

Bueno, pueh ahora ya él se levantó. Fueron loh padreh a darleh los buenoh díah. Va el padre de ella y le hace lo mihmo a la mujer, y mató el perro delante de ella, que le pidió el vaso de agua.

Bueno, no se lo dio. Le pidió al gato y tampoco se lo dio. Mató al gato. Bajó a la cuadra y le pidió el vaso de agua, también al caballo. Lo mihmo que el yerno.

Y va y le dice su ehposa:

—Hah llegao tarde, como si matah a tooh loh janoh que tieneh.

Que había *llegao* tarde *pa* educarla a ella.

Recogido en julio de 1957

Publicado por Luis Cortés Vázquez en *Cuentos populares salmantinos. Tomo I: Humanos varios, ejemplares y religiosos*, Salamanca: Cervantes, 1979, págs. 38-39.